

Fondo Histórico Presidente Joaquín Prieto

I. General don Joaquín Prieto Vial. Servicios y distinciones

II. Cartas de don Joaquín Prieto a don Diego Portales.

La Ley Nº 11.794, de 4 de marzo de 1955, creó el Fondo Histórico Presidente Joaquín Prieto, que contempló, entre otras cosas, la publicación de libros relacionados con la historia de su gobierno, entregando a la Academia Chilena de la Historia la administración de dicho fondo. Hasta el momento se han publicado dos volúmenes, indicados en el epígrafe, que han sido prologados por los señores José María Cifuentes y José Miguel Yrarrázabal Larraín. Estos, como otros que se publicarán en el futuro, van a contribuir eficazmente al estudio de un período de nuestra historia del mayor interés, ya que con él comenzó la República en forma, luego de varios años de anarquía.

El primer volumen contiene una detallada nómina de las actividades y honores de don Joaquín Prieto, y como ya se ha dicho está prologado por el escritor don José María Cifuentes, quien manifiesta que los historiadores nacionales han trazado con gran acierto y justicia un panorama de la Administración Prieto (1831-1841), deteniéndose especialmente a considerar la importancia de haber dado término definitivo a la pequeña anarquía, con la batalla de Lircay. Cuando se dice anarquía suelen muchas personas pensar que la sufrida por nuestro país fue semejante a la de otras repúblicas americanas.

Felizmente, no hay tal.

La breve etapa así apelada corre de 1826 hasta 1830 y en manera alguna se puede comparar con la del resto de los países hispanoamericanos, la que abarca no sólo el siglo diecinueve sino que buena parte del veinte. Nuestra anarquía, según la opinión de autorizados historiadores, se debió a la ruina económica producto de las guerras de la independencia y en lo político por la aplicación de ideales republicanos, que fueron desde el moralismo de don Juan Egaña, pasando por las concepciones federalistas de José Miguel Infante hasta el liberalismo de José Joaquín de Mora, careciéndose, de otra parte, de estadistas meritorios y alejados de utopías irrealizables.

Ahora bien, los preceptos de la Constitución de 1828, referentes al Poder Ejecutivo, hacíanlo radicar en un Presidente de la República, que sería sucedido en el mando por el Vicepresidente, en caso de muerte o imposibilidad física o moral, requiriéndose para estos cargos mayoría absoluta de votos. Si hubiera empates o ninguno obtuviera mayoría absoluta, "las Cámaras elegirían entre los que obtengan mayoría respectiva al Presidente de la República y después el Vicepresidente entre los de la mayoría inmediata". La elección presidencial de 1829 dio el triunfo a don Francisco Antonio Pinto, pero cuando éste renunció, al elegir Vicepresidente no se hizo entre los señores Francisco Ruiz Tagle y Joaquín Prieto, que habían obtenido la segunda y tercera mayorías, respectivamente, sino que tal designación recayó en don Joaquín Vicuña, cuarta mayoría, porque el Parlamento de la época era de tendencia

liberal, ideología del señor Vicuña, mientras que Ruiz Tagle y Prieto eran pelucones. Este último sintió menoscabados sus derechos y luego de diversas vicisitudes, que culminaron con el triunfo de Lircay, liquidó el desorden existente, dando paso a una etapa gloriosa de nuestra historia patria: la república conservadora, que a través de tres Mandatarios hizo al país grande y respetable en el continente americano.

Una vez elegido Presidente de la República por el período 1831-1836, don Joaquín Prieto se supo rodear de eficientes colaboradores. "Entre ellos destacan —escribe el señor Cifuentes— Portales, el vidente de la organización, el adivinador de las soluciones decisivas que así sabía concebirlas como realizarlas. En seguida, Tocornal, encarnación del buen sentido y la prudencia; Egaña, el sabio jurista preparado para dar forma al edificio institucional; Bello, el maestro, que echó las bases de la cultura intelectual de nuestro país; Rengifo, el sagaz y práctico economista que supo reconstituir nuestras finanzas y organizar nuestro erario; Bulnes, el afortunado guerrero que dio a Chile el triunfo decisivo de Yungay, que aplastó al bandolerismo en Palanquén y al último brote del militarismo en Loncomilla y luego fue el digno sucesor en la jefatura del Estado; Montt, que ya aportaba las dotes de energía y buen tino que llevaría más tarde a la Presidencia de la República".

No cabe duda que con figuras de tanta magnitud, el gobierno de Prieto, reelegido luego para el quinquenio inmediato, se inscribe en las páginas de nuestro desenvolvimiento como nación con felices términos. Dos hechos importantísimos tienen lugar en esos años: la promulgación de la Constitución de 1833, que rigió a Chile hasta 1925, aunque sufrió con posterioridad algunas modificaciones, y la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana, que el internacionalista profesor Ernesto Barros Jarpa ha estudiado magníficamente bajo el título de *La segunda independencia* (1956), guerra que afianzó la posición de Chile en el hemisferio, situándolo en lugar preeminente.

Luego de abandonar la Primera Magistratura don Joaquín Prieto fue elegido senador y miembro del Consejo de Estado, organismo que asesoraba al Presidente en la confección de los proyectos de ley, desempeñando más tarde los cargos de Intendente de Valparaíso y Comandante General de la Marina, sirviendo a la patria hasta el último momento.

Si bien como estadista el señor Prieto ocupa lugar de excepción en los anales de nuestra historia, como militar, héroe de la Independencia, sus servicios eran de tal modo indispensables que O'Higgins, ya como Director Supremo, se negó a permitir que acompañara la Expedición Libertadora al Perú, en 1820, no obstante los ruegos del General San Martín, a quien O'Higgins le expresó que "le era moralmente imposible desprenderse de él, que no quedaba ningún oficial ni de la confianza del gobierno ni del público".

El segundo volumen del Archivo Presidente Prieto trae una colección de 24 cartas enviadas por éste a Portales, desde la víspera del combate de Lircay hasta la elección presidencial de 1831, anota el historiador don José Miguel Yrarrázabal Larraín, quien tuvo a su cargo el prólogo y notas de la edición.

En este rico epistolario se advierten los patrióticos deseos de Prieto de darle al país una nueva estructura jurídica e institucional. Espera aniquilar a

los políticos que conspiran contra el nuevo orden establecido como así también sanear las filas del ejército. Se le ve preocupado por el descontento de algunos sectores, severo en corregir los vicios de éstos, confiando en Portales, su amigo, consejero y eficiente colaborador, a pesar de las intrigas que tienden a enemistarlos. Advierte que se hace indispensable una reforma de la Constitución de 1828 y orientar de diferente manera las finanzas públicas, dando prueba, en fin, de notorio interés por los negocios públicos, prudente y firme a la vez, solicitando la cooperación de los más capaces para poner punto final a la inestabilidad anárquica.

Es el hombre de estado vibrante a las necesidades nacionales y en permanente búsqueda de horizontes de grandeza y prosperidad, quitándose modestamente de la escena, brindando sus calidades al país, que ha justipreciado sus muchos méritos, entre los que destaca su organización de la República en periodos de convulsión y desconcierto, creando el Archivo Presidente Joaquín Prieto, destinado a perpetuar su memoria e iluminar a los gobiernos de Chile.

T. P. M. H.

Alberdi, de SERGIO GUTIÉRREZ OLIVOS.
Editorial Emecé, 1962.

El ex Embajador en Argentina y actual en los Estados Unidos, don Sergio Gutiérrez Olivos, dictó en Buenos Aires, en el curso del año pasado, dos interesantes conferencias sobre Alberdi, abordando su personalidad como exilado en Chile y como internacionalista. Los trabajos del señor Gutiérrez Olivos han sido publicados en libro, contribuyendo así a su mejor difusión.

Juan Bautista Alberdi llegó a Chile luego de haber permanecido algún tiempo en Europa, porque debió salir de Argentina en vista de su decidida oposición al régimen de Rosas, a quien combatió de palabra y por escrito. Aquí se le acogió como lo merecía su rango y condiciones, en un tiempo que el territorio nacional era "un asilo contra la opresión", durante el gobierno del Presidente Bulnes. Numerosos emigrados argentinos, entre ellos Sarmiento, Mitre y Vicente Fidel López, como así también de otras nacionalidades, unidos a otros ilustres extranjeros ya residentes como Bello y Mora, dieron considerable impulso a la cultura, dando origen al Movimiento Intelectual de 1842, originado por la fundación de la Sociedad Literaria, la Universidad de Chile y otras instituciones de jerarquía. Se fundan revistas y periódicos y se reciben las enseñanzas de prominentes sabios como Gay, Domeyko y Philippi. En una palabra, la floreciente situación del país, en todos los campos, y el afianzamiento internacional de Chile, debido al triunfo sobre la Confederación Perú-Boliviana, posibilitó en alto grado un brote cultural estimable, primer impulso que los años se encargarían de poner de relieve.

Contando con la tranquilidad necesaria, Alberdi se entrega de lleno a la literatura jurídica y da a luz importantes obras, donde se manifiestan sus dotes adivinatorias, anticipándose a su tiempo de una manera asombrosa. Fuera de ejercer su carrera de abogado, alcanzando señalados triunfos y de